

DI ETARI
D' UN PELEGRÍ
A TERRA SANTA
DE JACINT
VERDAGUER

Jacint Verdaguer Santaló (1845-1902) es una de las figuras señeras de las letras catalanas. Si Ramon Llull creó el catalán literario, Verdaguer –después de siglos de decadencia– lo revitalizó y puso las bases del renacimiento de la lengua catalana moderna. Su obra épica *“L’Atlàntida”*, que ganó los juegos florales de la Diputación de Barcelona en 1877 es la obra cumbre de la Renaixença literaria catalana, junto con *“Canigó”* (1886). Es el poeta catalán por antonomasia, magnífico e inimitable. Los tres elementos más característicos de su poesía son: el sentimiento, la ternura y la musicalidad.

Si su obra poética mereció aplausos unánimes, no podemos decir lo mismo de su prosa, que aunque ha sido reivindicada por diversos escritores, sólo en los últimos años se está valorando como merece.

El *“Dietari d’un pelegrí a Terra Santa”* se puede considerar una obra de Jacint Verdaguer que marca un punto de inflexión en su trayectoria vital. Hay un antes y un después en su vida y obra literaria. Aunque la primera edición apareció en enero de 1889, anteriormente había aparecido en el semanario catalanista conservador *“La Veu de Montserrat”*, entre el 1 de enero de 1887 y el 2 de junio de 1888, a instancias de su amigo y director de la citada publicación Jaume Collell. Existen dos traducciones castellanas; la primera, de Constantí Llobart, de 1889, y la otra, de Dolors Serra Bartrina, de 1941.

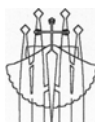
Verdaguer visitó Tierra Santa entre los meses de abril y mayo de 1886, acompañado del sacerdote y conocido geólogo Jaume Almera. Antes de emprender esta peregrinación Verdaguer se documentó ampliamente con obras de temática diversa que abrazaban campos tales como el bíblico, devoto, hagiográfico, histórico, geográfico y descriptivo, sin olvidar algunas guías turísticas.

Pero de quien es más deudor literariamente es de dos románticos franceses,

Chateaubriand y Lamartine que escribieron sus relatos a Tierra Santa y están considerados como modélicos en su género. Verdaguer poseía ejemplares de estas obras en francés con subrayados suyos. Los fragmentos que más le habían llamado la atención eran: la contemplación de las ruinas, la descripción de un paisaje y las costumbres exóticas de un país oriental.

Cuando Verdaguer regresa de Tierra Santa manifiesta una satisfacción completa: *“Hem anat a cercar quelcom més que lo que acostumen a cercar los que naveguen, quelcom que val més que l’or i la plata, i ho hem trobat i ho portam”*. Entonces se hallaba en la cima de su gloria literaria. Ejercía de capellán y limosnero en el palacio del marqués de Comillas, la primera fortuna del país. Se trata de una peregrinación de Verdaguer al interior de sí mismo y a sus orígenes. Su gloria y fama de poeta le parece vacía y compara su vida con la figura de Jesús ultrajado y quiere imitarlo. Empieza con vehemencia inusitada su donación a los pobres desde su puesto de limosnero, y su introducción en el mundo de los exorcismos en los que persistirá con una obstinación desproporcionada. Finalmente abandona el palacio de Comillas y el obispo de Vic lo reclama a su diócesis, donde permanece dos años desterrado en el santuario de La Gleva. Después de este período corre el rumor que está loco y que lo quieren encerrar en un asilo de sacerdotes. Verdaguer abandona La Gleva y se refugia en Barcelona en casa de la viuda Amparo Durán, a quien había ayudado anteriormente. Su obispo le retira las licencias para decir misa y administrar los sacramentos y estalla la tragedia con una virulencia tal que implicó al mismo tejido social. Él se defenderá desde las páginas de los diarios con unos vibrantes artículos, que posteriormente fueron recogidos en un volumen con el título *“En defensa pròpia”* (1895), en los que acusará al marqués de Comillas, a su obispo y a su amigo Collell. Gracias a gestiones realizadas en Madrid por el arzobispo, el nuncio y los agustinos de El Escorial se conseguirá una reconciliación de facto con el obispo Morgades (1898), pero Verdaguer saldrá profundamente afectado y envejecido prematuramente.

Las consecuencias literarias de esta peregrinación serán fructíferas y cabe destacar sobre todo la trilogía de *“Jesús Infant”*: *“Natzaret”* (1890), *“Betlem”* (1891) y *“La*



fugida a Egipte" (1893), que son unos ejercicios poéticos de deliciosa ternura y evocación extraordinarios. Además hará una magnífica traducción en verso del libro bíblico "*Càntics dels Càntics*", precedido de "*Els jardins de Salomó*" (1907).

El *Dietari* está impregnado de ideología y considera el Oriente desde una doble perspectiva: de un lado Verdaguer indaga la búsqueda de los orígenes de su fe católica y, de otro, el choque que le produce el conocimiento directo de unas religiones allí presentes: la musulmana, la judía y otras confesiones cristianas. Los comentarios despectivos que salpican el texto contra dichas religiones hay que entenderlos en el contexto de su época, habituales en los medios eclesiásticos e intelectuales.

Verdaguer se pone al servicio de la causa católica, a través de su amigo Jaume Collell y de Torras i Bages, dirigentes del núcleo de esta tendencia conservadora y catalanista, que pugnaba por conseguir que la Iglesia recuperara su influencia social, entonces muy deteriorada por los emergentes movimientos filosóficos y políticos. En El Cairo, poco antes de regresar del viaje, Verdaguer hace un comentario que nos da sutilmente el tono de pasión que había alcanzado la campaña contra la Iglesia católica: "*Jesucrist és en nostres dies i en nostres països llençat ingrata i cruelment de moltes ànimes...*"

La comparación de todo lo que encuentra Verdaguer a su paso por Oriente con Catalunya es una constante, quizá para que sus lectores puedan hacerse una idea. Utiliza con un acierto innegable la evocación, la prosa poética, la emotividad, apóstrofes y personificaciones, elementos románticos por excelencia. Así, cuando se refiere al Mar Muerto dice: "*Ses aigües són amarguïssimes com si fossen llàgrimes de desesperació de la gran víctima soterrada*

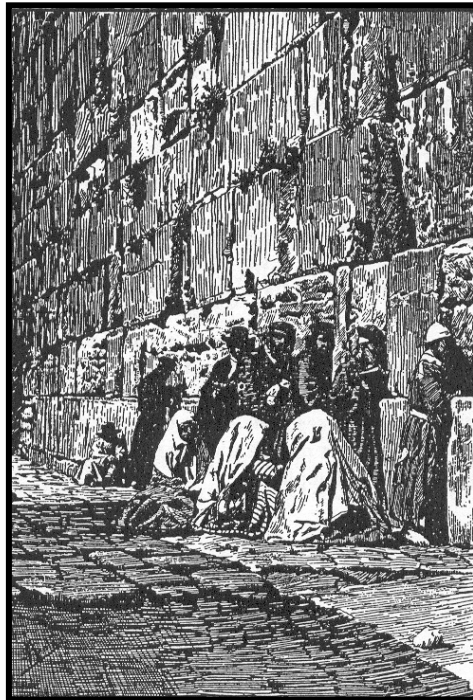
allí de viu en viu; i en ses vores, sens una herba ni un aucell, solitàries, nues, àrides i seques, sembrades de negres pedres d'asfalt que poden a sofre, se sent la ferum, la soledat, la tristesa i el terror de la tomba". En el Monte Carmelo anota: "*La muntanya negrosa s'enfonsa en lo cel blau, com un front de cabell negre en una immensa mitra brodada de pedres precioses*". La emotividad también es un elemento presente en el *Dietari*.

Verdaguer cuando entra en la sagrada Cueva de Belén, dice: "*¡Com flueixen les llàgrimes ací a on vessà les primeres lo mateix Déu fet home!*". Cuando divisa a lo lejos Jerusalén observa: "*...se'ns apareix se sobte la Ciutat Santa, que les llàgrimes m'aturen de veure...*" Y al despedirse de Jerusalén, rezaron, como era costumbre el salmo 136: "*Super flumina Babilonis illic sedimus et flevimus cum recordaremur Sion...*"

Algunas de las jornadas más inolvidables para Verdaguer, de alma mística, fueron el 19 de abril en que visitó los Jardines de Salomón, donde presumiblemente se inspiró el autor del Cantar de los Cantares y también el 26 de

abril, siguiendo y evocando con unción, junto a algunos franciscanos, el recorrido de los discípulos de Emaús.

Su técnica narrativa y su lenguaje están dotados de una agilidad y naturalidad extraordinarias. También es el pionero del reportaje literario en catalán y algunos fragmentos son modélicos, como por ejemplo la descripción insuperable de la peregrinación de los moros a Nebi Mussa el 16 de abril. Josep Pla dijo que el *Dietari* era el mejor libro en prosa catalana del siglo XIX, y que para saber escribir había que leer la prosa de Verdaguer.



Muro de las Lamentaciones. Restos del Templo de Salomón.
Dibujo a pluma de Andreu Solà.

José Luis Bronchal Monge

